ANNIE ERNAUX, RECUERDOS QUE SE DESVANECEN

La autora francesa, Premio Formentor 2019, rememora en **«Los años»** su camino vital, desde su infancia en el mundo rural hasta su madurez, en una suerte de autobiografía colectiva

Los años
Annie Ernaux

Traduc.: L. V. Jiménez
Cabaret Voltaire, 2019
336 *páginas*
20,95 *euros*
★★★★

JAIME G. MORA

Annie Ernaux (Lillebonne, 1940) vuelve a la década de los 80 y se ve con 40 años; le invade una sensación de extrañeza, en ese lugar indeterminado que separa dos generaciones: la de esa niña criada en la Normandía profunda, en la escasez de todo, «de objetos, imágenes, distracciones, de explicaciones de uno mismo y del mundo», y la generación de esa catedrática que a sus 68 años escribe *Los años*, vive a 40 kilómetros de París y ha encontrado un estilo literario que después llamarán autoficción. Pero en su cuarentena siente «vértigo frente a la inmutabilidad». El matrimonio ha sido un intermedio en su vida; siente que ha retomado su adolescencia, aunque ya no se avergüenza por querer satisfacer sus deseos. Eso sí ha cambiado. Mayo del 68 ha acabado con la religión como marco oficial de la vida y ahora es «capaz de decirse tengo ganas de follar».

Ernaux ha perdido el pudor. Ha entendido que para transmitir su «experiencia de mujer» debe dejar de lado la ficción de sus primeras novelas y buscará en su memoria el verdadero rostro de su época. Y así, en 1981, llega *La mujer helada*, título que describe su sensación al verse atrapada en el papel de esposa y madre. ¿No se suponía que ella había escapado de ese «futuro asignado»? Dos años después, en *El lugar*, narrará la muerte de su padre. Ernaux le ha quitado las máscaras a su escritura. Su estilo es ahora preciso, sin lírica. En *Pura pasión* (Tusquets, reedición en noviembre) habla del deseo de una mujer madura y culta que solo ansía la llamada de su amante. En *El acontecimiento* (también Tusquets en noviembre) profundiza sobre su aborto clandestino. Una cierta sensación de mujer, «la de una inferioridad natural», ha desaparecido. Su vida es su época: a diferencia de ese batallón de autores atormentados que han terminado por pervertir la autoficción, Ernaux se cuenta a sí misma al tiempo que cuenta el mundo que la rodea.

Habrá una veintena de títulos, sobre el cáncer que sufrió (*El uso de la foto*), sobre el alzhéimer de su madre (*No he salido de mi noche*), sobre su primera experiencia sexual (*Memoria de chica*)... Todos estos traducidos por Cabaret Voltaire, que desde 2015 viene recuperando su obra. El último lanzamiento, coincidiendo con la entrega del Premio Formentor por esa manera de «desvelar sin pudor la condición femenina», lleva el título de *Los años*.

Annie Ernaux, ganadora del Premio Formentor de las Letras 2019 ABC

Memoria colectiva

Los años es el particular Aleph de Ernaux, el libro que contiene todos los libros que ha escrito porque en él está todo su camino vital, el que ha experimentado entre 1940 y 2008, cuando hace este brillante ejercicio de fusionar su memoria individual con la memoria de Francia. Aquí regresa a las décadas pasadas; a los años 50, de los que rescata las frases que le decía su madre o los lamentos de las cenas familiares, y a la vez habla de un país que pasa hambre tras la guerra, de la educación católica o de los grilletes del mundo rural. Ernaux regresa a los 60: enumera los libros, películas y canciones que la hacían sentirse «auténtica», y así detalla el progreso de una sociedad espoleada por los jóvenes del 68, los de la liberación sexual, los mismos que, ya en los 90, con un trabajo seguro y una vida más o menos ordenada, terminarán por entregarse a la sociedad de consumo.

EN «LOS AÑOS», ERNAUX FUSIONA SU MEMORIA INDIVIDUAL CON LA MEMORIA COLECTIVA DE SU PAÍS

Ernaux bucea en el imaginario de sus días vividos, en los recuerdos que se desvanecerán con el pasado, para «salvar algo del tiempo en el que ya no estaremos nunca más». ■

Alberto Moravia, ritos de paso

El escritor italiano nos ofrece una **novela de aprendizaje** llena de tormento y sensualidad

Agostino
Alberto Moravia

Altamarea, 2019
120 *páginas*
16,90 *euros*
★★★★

CARMEN R. SANTOS

En su primera novela, «Los indiferentes» (1929), el escritor y periodista Alberto Moravia (Roma, 1907-1990) ya dio cuenta de que estaba llamado a convertirse en una figura central –fue propuesto en varias ocasiones para el Nobel– de las letras no solo italianas sino europeas. Su calidad como narrador en la línea de un neorrealismo exigente y no simplista donde la crítica social se aúna con una visión existencialista, se confirmó en narraciones que alcanzaron una gran resonancia como «La romana», «El conformista», «El desprecio» y «El aburrimiento», entre otras. A su difusión contribuyó que varias de sus obras fueran llevadas a la gran pantalla por destacados cineastas. Así, Luigi Zampa, Vittorio de Sica y Bernardo Bertolucci.

Precisamente «Agostino», que ahora recupera Altamarea en una excelente traducción, gozó de una versión cinematográfica en 1962 de la mano de Mauro Bolognini. Y no es para menos. En poco más de cien páginas, Moravia traza un conseguido retrato de su protagonista, de cuyo nombre toma su título la obra, sin olvidar el acierto en los personajes secundarios que le rodean. Publicada originariamente en 1945, «Agostino» es una novela de aprendizaje que nos sumerge en los ritos de paso de un adolescente de la burguesía romana. Ritos que siempre implican dolor. Agostino ve cómo se rompe su idílica relación con su madre cuando esta, una joven viuda, conoce a un hombre que le reactiva su sensualidad, dormida pero no apagada. Preso de una herida edípica, Agostino tiene una reacción de orgullo y resentimiento y entra en contacto con una pandilla de muchachos pertenecientes a una clase social bien diferente a la suya que le descubrirán un mundo insospechado. Agostino inicia el camino hacia la adultez. Pero aún no es un hombre, «habría de transcurrir mucho tiempo de infelicidad antes de que lo fuera». ■

Alberto Moravia

Con esta obra, Guzel Yájina se alzó con el Premio Gran Libro 2015 en Rusia ABC

LEJOS DE TARTARIA

Guzel Yájina debuta en la narrativa con un historia épica sobre la persecución de los «kulaks» por parte del régimen soviético

Zuleijá abre los ojos
Guzel Yájina

Trad.: Jorge Ferrer
Acantilado, 2019
540 *páginas*
28 *euros*
★★★★

MERCEDES MONMANY

La lucha contra los *kulaks* (campesinos ricos), la llamada *deskulakización*, a comienzos de los años 30, se llevó a cabo cruelmente con millones de deportados durante la época soviética. Se trataba de verdaderas campañas de limpieza étnico-ideológica en las que se arrojaban sin piedad a un gran número de habitantes de pequeñas aldeas a zonas despobladas y remotas rusas. Este es el tema de fondo, la persecución de los *kulaks* de Tartaria, de la magnífica primera novela, *Zuleijá abre los ojos*, de Guzel Yájina (Kazán, 1977).

Una ambiciosa e inusual gran epopeya de corte realista, que narra la deportación a zonas despobladas de Siberia, a orillas del río Angará, de un numeroso grupo de *kulaks* tártaros a los que luego se unirían «elementos contrarrevolucionarios» de la *intelligentsia* de San Petersburgo. Una obra que junto a su imponente y vigoroso aliento épico, no deja de tener de vez en cuando toques fantásticos y el eco de maestros de la gran literatura del pasado como Bulgákov y Gógol.

El cautivador relato de Guzel Yájina cuenta la historia de la pequeña y valerosa campesina Zuleijá. Esclavizada día y noche por su marido y por una suegra que la maltrata y a la que ella nombra en su interior como «la Vampira», Zuleijá, que ha visto morir a sus cuatro hijas de corta edad, un día se ve brutalmente arrancada de lo que hasta ahora han sido su vida y sus costumbres musulmanas, no exentas de continuas supersticiones y aparecidos, en una pequeña aldea de Tartaria, lejos de Kazán, la capital. Deportada a Siberia, una vez asesinado su marido por soldados del Ejército Rojo (la Horda Roja, como la llamaban los campesinos) Zuleijá, sola y con un bebé en el vientre, tendrá que conformar una nueva e improvisada familia con sus compañeros de exilio, de las más diversas procedencias y profesiones, algunas de ellas impensables en su pequeño mundo de antaño: intelectuales y campesinos, célebres pintores y profesores, criminales y doctores de prestigio, musulmanes, cristianos, ateos e incluso grandes damas de una sociedad perdida, que no renuncian a seguir hablando francés a cada momento. Entre todos ellos, Zuleijá, que se casó a la fuerza a los 15 años con un hombre mucho mayor, sufrirá una irresistible fascinación precisamente por el oficial que mató a su marido años atrás. Uno de los personajes mejor construidos de la novela, el feroz Ignatov, comandante del grupo de deportados, es un exiliado como ellos. Sobre él nunca ha dejado de sobrevolar una rara cualidad humana, la conciencia, inusual en esos parajes desolados habitados tan solo por la miseria, la injusticia, la violencia y la desesperación.

EN ESTA AMBICIOSA NOVELA SE APRECIAN ECOS DE GRANDES MAESTROS COMO BULGÁKOV Y GÓGOL

Gigantesca tiranía

Atravesando un espacio temporal desde 1930 hasta el final de la II Guerra Mundial, la historia de Zuleijá y de Ignatov, tal y como ocurre con el destino incierto de los millones de seres humanos habitantes de aquella gigantesca tiranía, quedará enigmáticamente abierta. Zuleijá seguirá abriendo los ojos a un ambiguo espacio habitado por leves respiros dentro de la desesperanza. Sobrecogedora historia: algunos soldados, muchos de ellos con hijos pequeños en Alemania, se quedaban traumatizados tras las constantes ejecuciones y sufrían de «agotamiento nervioso». ■

Una larga enfermedad

El mexicano **Jorge Comensal** aborda en su primera novela, sin lágrimas y con ironía, el drama de una enfermedad como el cáncer

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS

Durante mucho tiempo la palabra cáncer ha sido evitada. A diferencia de otras enfermedades aquella que quizá más muertes provoca no es nombrada directamente. En tanto se podía hablar de muerte por un ataque al corazón, haberlo hecho por un cáncer provocaba una de esas metáforas a las que dedico su ensayo la gran Susan Sontag. Se decía «tras una larga enfermedad». Por tal razón resulta sorprendente el tono adoptado por Jorge Comensal (Ciudad de México, 1987) en la que es su primera novela y que por su soltura narrativa y dominio del lenguaje no lo parece. Sigue la trama las vicisitudes de una familia cuyo padre, Ramón, un abogado de cierto éxito, es aquejado por un cáncer en la lengua, cuya profiláctica extirpación le deja mudo. Los hechos se van contando desde su primera dificultad para hablar hasta su desenlace, cuando la enfermedad ha mutado y se ha convertido en mortal. La trama sigue las reacciones de su mujer, Carmela, y sus dos jóvenes hijos, Paulina y Mateo. Se añade a ellos un excelente personaje como Elodia, la criada de la casa, beata y supersticiosa, quien lleva el peso de las escenas más graciosas.

Las mutaciones
Jorge Comensal
Seix Barral, 2019
239 *páginas*
18 *euros*
★★★

COMO OCURRE CON muchas novelas de hoy parece una obra de teatro, pues la trama cuenta diálogos, y escenas ocurridas todas en el interior de la casa o bien en la consulta de Teresa, la psiquiatra que por haber padecido antes la enfermedad se ha dedicado a atender a otros pacientes. Quizá lo menos afortunado de la novela, que se sostiene bien y cuya lectura proporciona gratos momentos de lucidez, ocurra con el excurso de la relación de Teresa y Eduardo, un paciente suyo, aquejado de una enfermiza y exagerada hipocondría. En cambio, queda muy bien administrada la relación de Ramón y Carmela con Ernesto, el hermano de Ramón, cuya actitud final muestra el lado oscuro de las relaciones familiares cuando la avaricia y la envidia se superponen.

COMO HABRÁ IMAGINADO EL LECTOR, la trama que había comenzado como comedia y que se permite bromas, va acentuando su dimensión dramática. Aunque el autor se ha esforzado por documentarse la novela no necesitaba de ciertos pasajes casi técnicos. En cambio destaca por su trazado la figura del doctor Aldama y sus gustos musicales humanistas. Para un lector español aumenta el interés el refrescante uso coloquial de la lengua, con voces y locuciones mexicanas cuya plasticidad nada rebuscada le dan a la prosa un relieve especial, pese a haber optado por una estética de sencillez. No tiene que dejar de decirse que por fin la novela se atreve con temas como los del sufrimiento de una familia que, sin embargo, por la irónica forma de destilar escenas humorísticas, permite evitar sin abandonarlo o postergarlo el doloso dramatismo. Las metáforas de toda enfermedad han nacido para poder hablar de ella, cuando el lenguaje parecía insuficiente. ■